cartilla

#2

AMAMOS

y somos amados

escuela virtual

HISTORIAS EN YO MAYOR

Organizan

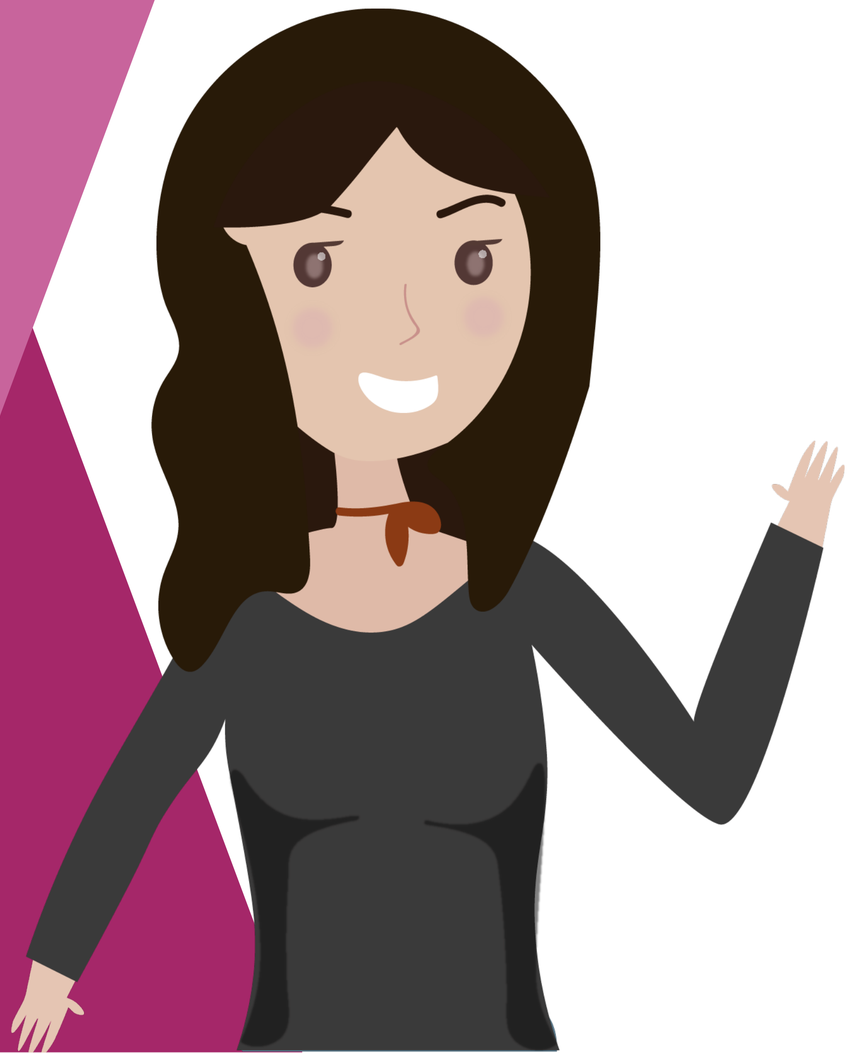
Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

En alianza con

EL TIEMPO

DESARROLLO
de la guía



Hola, soy Aura. Acompáñame para que continuemos este emocionante viaje a través de tu propia creatividad.

En esta segunda semana vamos a hablar de los sentimientos y las emociones que dan fuerza al mundo y, según algunos, lo hacen girar: el amor, el deseo y la pasión. Todos hemos sentido alguna vez un amor tan profundo por el que apostaríamos la vida, hemos sido llevados por una pasión tan grande que casi mueve la tierra o hemos hecho de todo para seducir y enamorar. ¿Cómo olvidar esas historias que duran aún más allá de la muerte, esas relaciones de años que se niegan a abandonar nuestro corazón o esos primeros amores?

A continuación encontrarás una recopilación de cuentos, videos, tips y ejercicios para que puedas poner a volar tu imaginación.

De esto último nos habla María Jiménez de Valencia (María Zorín) en "Los noviazgos en mi época". Allí, con humor y picardía, comparte cómo fue su primer beso y sus primeros acercamientos al amor y al deseo, en medio de regaños familiares e historias que dotaban de mayor emoción ese fruto prohibido: Haz click en la imagen para ver el video.

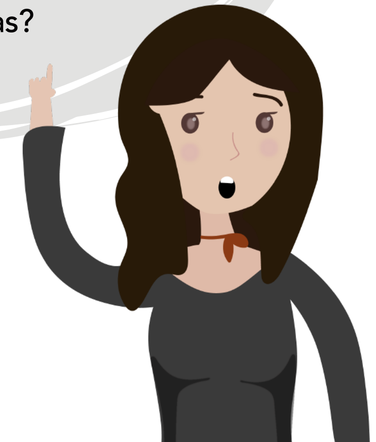
1 video

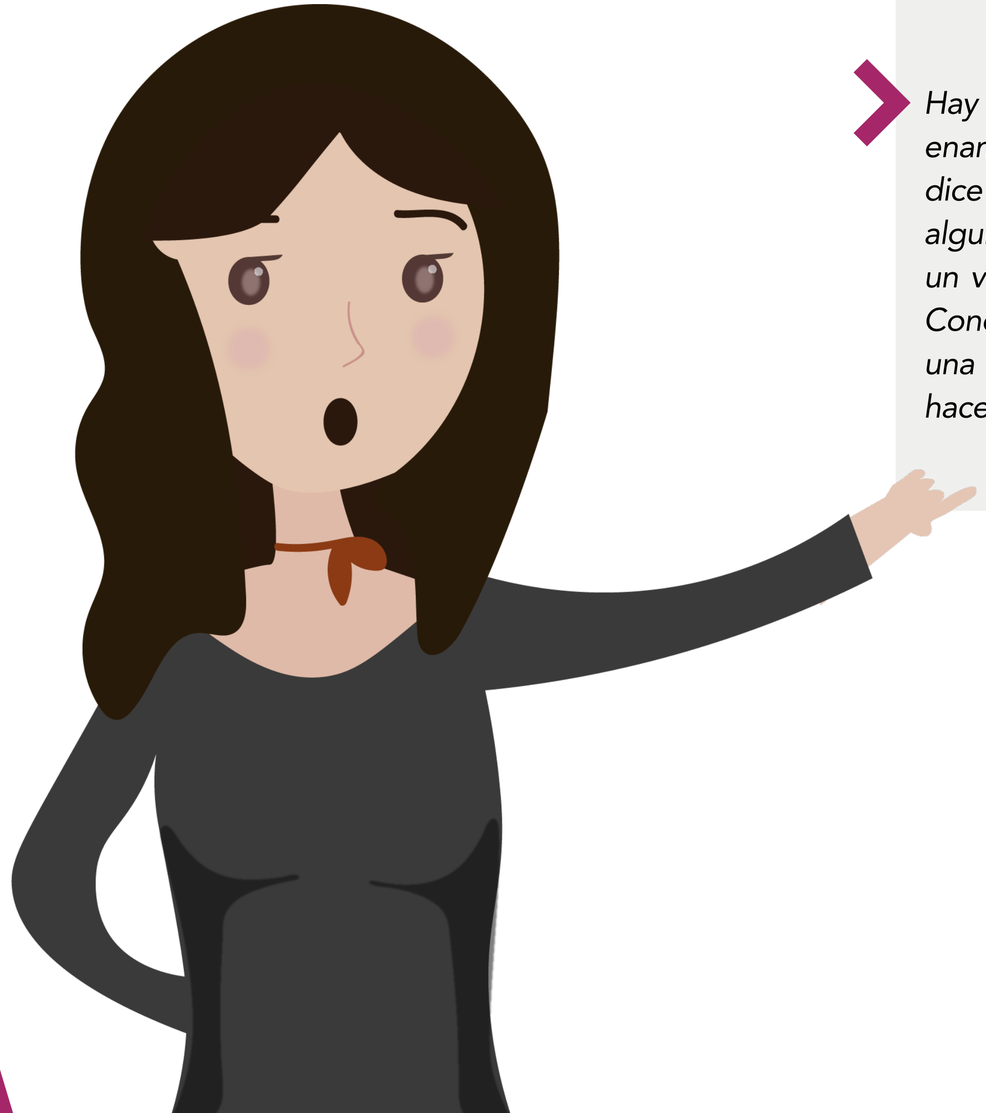
Los noviazgos en mi época

por María Jiménez de Valencia (María Zorín)

Es difícil olvidar nuestro primer beso. María Jiménez nos cuenta con un poco de picardía la historia de los primeros besos que le robaron cuando era apenas una niña.

¿Recuerdas cómo fue tu primer beso? ¿Cómo lo contarías?





Hay dos expresiones que son un poco cliché al referirse al enamoramiento, una habla de mariposas en el estómago y la otra dice que "le movieron el piso". Pero, ¿pueden ser reales?, ¿puede alguien moverle el piso a otro o, tal vez, detener un terremoto o un volcán con solo el deseo que genera? Según Diego Tenorio Conde, en su cuento "Temblor en Yaburí", la pasión que suscita una persona puede llevar a que la tierra se mueva o deje de hacerlo.

cuento 1

Temblor en Yaburí

por Diego Tenorio Conde

Cuando uno está cansado de tanto trajinar, por tanto tiempo, y siente que lo vivido y cada una de sus épocas se amontonan y pesan en el estrecho espacio de la cabeza, y mira en derredor y lo único que lo acompaña son ausencias y recuerdos, la conclusión es que se está tocando fondo en el puerto de la cuarta edad. Todo parece vida ajena, todo parece un libro leído y adoptado como vida propia.

Por eso hoy ya no estoy tan seguro; no sé si me lo inventé o si realmente Eduardo estuvo conmigo en los acontecimientos que no estoy seguro si vivimos. Por eso quiero escribirle una carta para preguntarle eso y para hablarle sobre la duda que me quedó y me está rondado la cabeza desde hace sesenta años. Por eso, antes de escribirle, para aclarar mis ideas, quisiera dejar consignados en este cuaderno cada uno de los hechos como los recuerdo e intentar contarle, en la carta, que día y noche braceo como un nadador desconcertado en medio del tráfago de los recuerdos que galopan sobre mis delirios.

Sin embargo, dudo, no sé si le escribí una primera carta. Obvio, tampoco sé cuándo. Por eso creo que lo pertinente es hacer como que seguimos en conversaciones y escribirle una segunda para dejar todo aclarado y continuar sin más demora. (¿Continuar qué?). Una carta me permite –pues combina ausencia y presencia– desembuchar todo lo que desde mi pasado más antiguo me hincha las tripas, y resolver las dudas que me perturban.

Bueno, empiezo. Esta mañana decidí que te escribía esta carta, Edu, porque entonces aún me acordaba del tema que me obsesiona; pero al ratico fui a mirarme en el espejo a preguntarme ¿el qué? ¿Cuál? Tranquilo, no te preocupes que, como toda obsesión, siempre regresa: ya lo recordaré cuando haya avanzado en estas reflexiones. Sé que tiene que ver con magia o con milagros. Ah, ya sé. ¿Te acuerdas de Rosa Milagrosa? Claro, cómo no, si ese fue el año de mi primer encantamiento.

Ese fue el único año que llegó el espectáculo de Disney sobre el hielo a Yaburí, nuestro 'pueblo natalicio' como lo apodabas. Sobre eso trata mi inquietud. Y está concatenado todo porque el espectáculo, que nunca más volvió, nos dejó de herencia a Rosa Milagrosa. Los hombres la acogieron con reverencia, pues la conocían desde un mes antes, cuando manos misteriosas pegaron propagandas por todas partes propalando que la 'Reina del hielo' era dueña de sublime belleza y de certeras artes adivinatorias. "De día divertimos a sus niños y de noche le vaticinamos sus futuros y lo divertimos a usted" decían los carteles en letras grandes entre un par de rollizas piernas enfundadas en medias caladas.

Voy a tener que repasar todos los acontecimientos muy por encima, para llegar rápido a la pregunta que te quiero hacer sin perder el hilo.

Primero sus manos. ¿Recuerdas sus manos? ¿Recuerdas de la primera reunión que tuvieron, en la que metió a todos los cacaos en la carpa pequeña de las dos que abandonaron los del espectáculo, te acuerdas que nos colamos por el hueco que ocultaba la lona bajo el heno de las mulas dizque porque teníamos que gozarnos el discurso de la única mujer que se había atrevido a citarlos haciendo gala de masculina autoridad? ¡Con las manos los engatusó! Los Angulo, los Arango, los Aristizábal, los Echavarría, los Jaramillo, los Piedrahita, los Restrepo, los Santos, los Sarmiento, los Vélez, los Villegas... a todos ¡se los embolsilló! Después le bastó un mes para dejarlos viendo un chispero.

Recuerdo que me dijiste: “yo tengo que besar esas manos”. Yo te miré asustado pensando que habías enloquecido. La diferencia de seis años entre los dos no se nota ahora, pero en aquellos tiempos era abismal. Yo creía que mi pirulí sólo servía para orinar. Tú en cambio, con tus dieciocho, ya tenías la zozobra del mismo origen pintada en el acné. De ahí viene mi pregunta.

Me enseñaste a quererla mi amigo. En tus ojos, con el gesto de calcar sus manos en tus manos, en el ladear tu cabeza como animal apaciguado, con todo tu cuerpo entregado a una quietud expresiva, me llevaste con ánimo contenido por los tremedales, por los abismos dulces y estremecedores del deseo carnal. Te miraba y la miraba. No entendía cómo ni por qué pero en ese instante me adentré en los de lirios enajenantes y voluntariosos del sexo y me dije: “yo también”. Besar sus manos y sus pies y su piel y enredarme en su risa y perderme entre la selva de su pelo y pintarme la piel con sus ojos y cubrirla con mis manos y achucharme en el último rincón de su abullonado cuerpo.

Volviendo al recuerdo, los engatusó con el aletear de sus manos como hacía en cada pueblo donde arrimara el espectáculo; con nosotros decidió quedarse cuando se enteró, por chismes de entre tiendas, que en Yaburí tenían asiento las mayores fortunas de Antioquia y, por tanto, de Colombia. “Hasta el presidente tiene aquí una casita a donde llega de incógnito a reunirse con el club de los cacaos para ver qué tierras o qué recursos naturales o qué honras se les vende a los norteamericanos” la escuché una vez confiar por el teléfono en la garita de Telecom.

En "Temblor en Yaburí" aparece el personaje de Rosa Milagrosa, una mujer irresistible que atrae a todos los hombres de la historia. Existen personas por las que sentimos o hemos sentido un deseo muy fuerte.

¿Qué te atraía de esa persona?, ¿qué te hacía sentir?

Les leyó la mano o el pucho o el poso del té, a cada uno aparte, logró convencerlos de meterse la mano al bolsillo y mientras más hondo, mejor. Prometía que el agraciado participaría en una empresa pionera para bien de la humanidad y que estaba predicho que el lanzamiento de la primera nave tripulada a Marte sería desde un sitio distinto a los United States, desde un paísito del tercer mundo. Les tocó la fibra de la codicia y la avaricia con la promesa de tomar posesión y urbanizar el planeta rojo: una promesa de lujuria garantizada.

Les pidió un mes para mostrar la obra y un año para presentar resultados técnicos, y ninguno tuvo la malicia para considerar irrisorios los plazos para semejante empresa. Puede ser que para esa primera etapa no prometiera tanto como supongo. En todo caso, supo armar su escenario en terrenos cedidos por la alcaldía. Hizo excavar una piscina de cuatro fanegadas por cuatro metros de profundidad que, tú me explicaste, era para que el fogaje de las turbinas no se regara e incendiara el pueblo. Como bien sabes, hizo cortar la lona de la carpa grande para cubrir la estructura con una colcha de retazos que se alzaba en bloque como un edificio de cinco pisos. Por una entrada pequeña se metían ella, su comitiva y sus cien obreros. Sobre la entrada se leía un letrero que vetaba: "Se prohíbe la entrada de perros, de niños y de yaburimensos".

Dormía mal, temeroso de no levantarme a tiempo, antes que ella. Llegaba corriendo a la casa que le dio la alcaldía para sacarla de la pensión que había contratado el espectáculo sobre el hielo y donde ella se quedó cuando se fueron. Esperaba sentado en el andén de enfrente; llegaban y entraban siempre presurosos el maestro de obra y una secretaria. Día y noche, los acompañaba desde el hotel hasta la obra, Rosa Milagrosa salía con los dos detrás y con pasos imperiosos se dirigía al lote donde se levantaba la estructura de despegue. Pero antes, por un segundo eterno, se detenía y me lanzaba una mirada compasiva. Luego reanudaba su rápida marcha y yo me unía al grupo, detrás, lelo, zonzo, mirándole las hermosas piernas y la grupa que movía con un balanceo redondo, acompasado, más hipnótico que sus manos.

Un crepúsculo de fuego, faltando un par de días para cumplirse el mes, Rosa Milagrosa se volteó hacia mí al llegar a su casa, me puso su alada mano en el hombro y me dijo: "Tú ven conmigo Ojotes. Quiero que me hagas un favor", y despidió a su pareja de acompañantes. Con más miedo que zozobra entré a su casa empujado por las manos de mi amor, Eduardo... también tu amor.

A eso iba, ese era el motivo de esta carta, quería preguntarte: ¿finalmente le besaste las manos?

Pero no quiero seguir escribiéndote desde este cuaderno sino continuar, o mejor, empezar a escribirte la carta para enviártela por correo. Es que me da pudor amigo: siento como que te robé algo y decirlo dos veces es como lanzar el rugido de victoria y satisfacción de Tarzán y los grandes monos. Sería como decirte "¡yo sí pude!", yo sí me refocilé eléctrico de energía, vibrante de fuerza desconocida y delirante de poder dominador sobre ese cuerpo que tú deseaste con empecinado ardor de adolescente, pero que dudo que tuvieras. Yo sí. Y el resto: entramos a la casa por un corredor adyacente a un patio grande, enjalbegado con geranios, y después de pasar varias puertas llegamos a un salón espacioso que debió ser la sala, pero que habían acondicionado para servir de alcoba. Olía a rosas y a jazmín y en el centro del recinto se hallaba una cama amplia, redonda, con cuatro columnas de madera labrada sosteniendo un dosel de donde colgaba un mosquitero. A su lado, un tocador y una silla de madera.

Rosa Milagrosa apartó el mosquitero y se recostó en los cojines que ocupaban un cuarto del círculo de la cama. Me señaló la silla mientras se recogía la falda un poco mostrándome el panorama más hermoso que yo había visto en mi vida, y me habló adornando sus palabras con el aleteo de sus manos que llevaba de la boca a los senos lenta pero repetidamente, como entregándomelos: "Ahora sí, Ojotes, dime lo que quieres de mí".

Sentí como un terremoto chiquito que arrancaba de mis ijadas y se iba regando en oleadas por mis piernas y mi estómago y presentí que se iba a volver violento y que ya iba a empezar a brincar como epiléptico sobre la silla. Por disimular le dije:

–La tierra tiembla Rosa, se soltó el cohete, Yaburí se mueve.
–Sí pero no temas y ven aquí nené, yo tengo el poder de calmar volcanes. En mí se aquieta Yaburí.

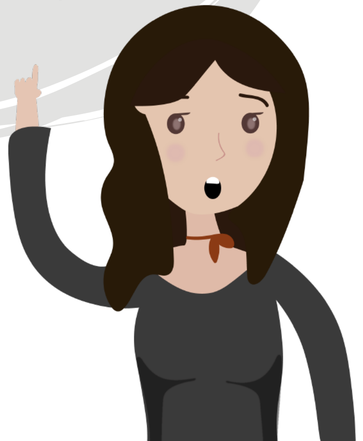
¿Qué sería del amor y el enamoramiento sin la seducción, la poesía o el canto? Nada. Y eso lo sabe muy bien Francisco Márquez Díaz, decimero de los Montes de María, quien, cual artesano de la palabra, construye con su memoria tantos versos como amores. Con desparpajo, Márquez comparte varias décimas que ha compuesto desde joven para seducir, convencer y hacerle sentir a una mujer toda su belleza. Haz click en la imagen para ver el video.

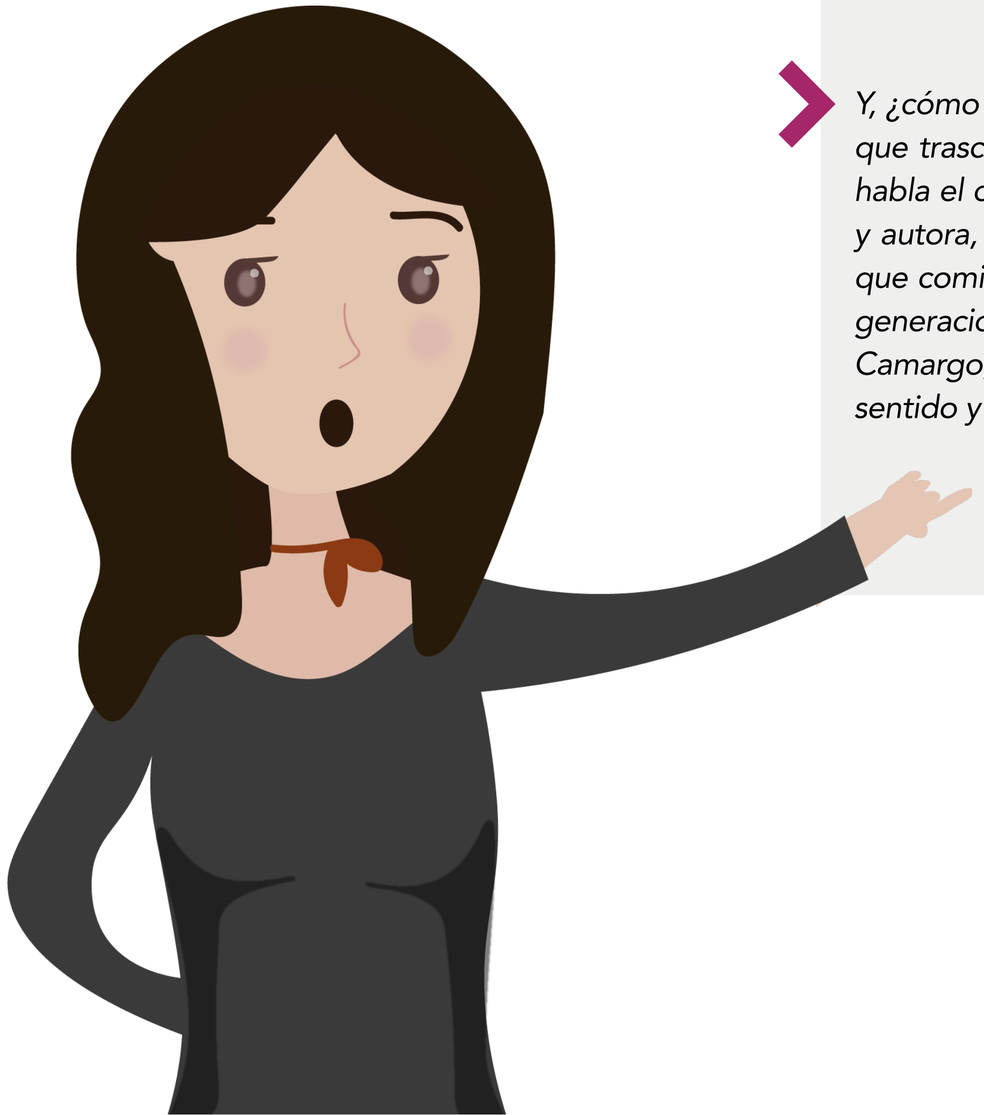
video 2 Décimas

por Francisco Márquez Díaz

Francisco Márquez, decimero de Montes de María, usaba la poesía como una estrategia de seducción.

¿Te sucedió?, ¿recuerdas algún poema o verso que hayas usado para seducir o que hayan usado para conquistarte?





Y, ¿cómo terminar sin hablar del tan conocido amor eterno, ese que trasciende la muerte e, incluso, las generaciones? De esto habla el cuento "Amor sin fronteras", en el cual la protagonista y autora, Adelina Cáceres, nos comparte su historia de pareja, que comienza a sus 14 años y se extiende por varias décadas y generaciones, hasta llegar a los oídos de su nieta, Marcela Camargo, quien prestó sus manos para ser la escriba de este sentido y emotivo relato.

cuento 2

Amor sin fronteras

por Adelina Cáceres

Cuenta la historia que ella, una mujer joven y linda, residente de un pueblo de Colombia, cuando apenas tenía 14 años, trabajaba en la casa de una señora, esposa de José Gómez, el Alcalde del pueblo. Ella ayudaba a la señora Rocío con los oficios de la casa, y, por su nobleza y buen trabajo, se fue ganando día a día el corazón de ellos. El hecho de ser una mujer bonita y trabajadora llevaba a que muchos hombres jóvenes del pueblo se le acercaran; pero ella, por los principios de su hogar y por el carácter de su madre, no era capaz de aceptar una invitación de sus pretendientes.

A medida que pasaba el tiempo, sentía interés por los hombres que se le acercaban, pero no pasaba de ahí. Sólo quería saber qué es estar acompañada, pero sabía que su madre se oponía. En un diciembre, ella fue a un pueblo aledaño a la novena de aguinaldos con su hermano.

Desde lejos sentía que alguien la observaba, pero no lograba dar con la persona, hasta que lo logró, vio del otro lado a un hombre hermoso, al cual le alumbraban los ojos, con ese brillo que pocos tienen. Ella, por curiosidad, le preguntó a su hermano que si el joven que estaba del otro lado no era del pueblo de ellos, Ciachia.

En el momento que se acabó la novena ella salía con su hermano y, cuando se dio cuenta, su hermano se le acercó al joven y le preguntó que si no eran del mismo pueblo –¡por supuesto!, respondió el joven–, eran del mismo pueblo. Esa noche los dos regresaron en el mismo bus, pero en puestos aparte, porque el hermano de la mujer no permitía que él se le acercara.

Como en ese tiempo eran pocos los que sabían escribir y leer, él le pagaba a un escritor para poderle enviar una carta a su amada. Pero ella, como cualquier mujer astuta, no se iba a prestar a pagarle a otra persona para contarle a él lo que sentía. Ella lo único que hacía era guardar las cartas; esto hacía que él sintiera mayor atracción y le reafirmaba que ella era la mujer que quería a su lado.

Él, con el transcurso del tiempo, se logró ganar el cariño de la mamá de su amada, o al menos eso parecía. Esa idea quedó totalmente descartada una noche en que los tres iban caminando y se despidieron de lejos, como todas las noches, porque ni cogerse la mano les era permitido. En ese momento él la llamó y ella, con la confianza normal que podría tener, se devolvió, pero cuando ella

Todos conocemos o hemos vivido un amor que ha trascendido las barreras del tiempo, como el que se narra en el cuento "Amor sin fronteras".

¿Recuerdas alguno?, ¿cuánto tiempo duró o ha durado?

decidió voltearse para escuchar lo que él le iba a decir, la mamá le ganó el paso, cogió un palo y le dijo que si se pensaba devolver, se iba a ganar una "muendera" bien dada. Él, como todo un héroe y consciente de que ella no tenía culpa alguna, le dijo a la mamá de su amada, que no le fuera a pegar porque ella no era la culpable.

Ellos se saltaron los pasos normales de una relación actual, no pasaron por un noviazgo. Ellos omitieron este paso, y al mes de estar saliendo sin verse, él tomó la decisión de pedirle a ella que se casaran. Ella, con 23 años, no le vio ningún problema. Cuando la citación para poner fecha de matrimonio llegó a la casa, su mamá fue la primera que dijo que para qué se quería casar, pues casarse era sufrir. Entonces, le recomendó echar esos papeles río abajo. Ella, con el dolor que tenía por el hecho de saber que su madre no la apoyaba, le contó a su amado; ella creía prudente que éste supiera todo lo que tendrían que pasar para estar juntos.

Él entró en depresión por el hecho de que no fuera aceptado siendo consciente de que era un buen hombre. No era mujeriego, era el prototipo que cualquier mamá querría para su hija, pero la mamá de su amada se negaba a esto. Afortunadamente el enamorado hombre también tenía quien lo defendiera y le diera ánimos para luchar por ese amor: su mamá, consciente de que había criado a un gran hombre respetuoso, no iba a permitir que lo hicieran sufrir y, por eso, decidió ir a hablar con la mamá de la mujer que cautivó a su hijo.

Esta mujer, templada también, le puso los puntos sobre las "íes" a la mamá de la joven. Le dio mil justificaciones para mostrarle que ese matrimonio se podía realizar. Una de las más fuertes razones era: "si usted crio a una buena muchacha fue para que estuviera con un gran hombre, y si yo crié a un gran hombre es para que esté con una gran muchacha, lo que existe entre ellos dos es amor, y no somos ni Dios ni jueces para interponernos. Los muchachos ya están grandes, ellos deciden con quién quieren estar". En el momento en que ella la bombardeó con esas razones, la dejó sin una defensa, ni una sola, y lograron que ella aprobara ese matrimonio.

Luego de unos meses de matrimonio y cansada de estar de arrimada en la casa de su madre, la joven le dijo a su amado que se fueran de ahí, así fuera a un hueco, pero donde los problemas de ellos fueran sólo de ellos, y no ponerle problemas a nadie más.

Así ocurrió, a los dos años de estar casados, ella quedó embarazada. Esperaba su primer hijo, uno de los dos varones que tuvo; y luego tuvo dos mujeres.

Ellos, conociendo las dificultades del campo, no dudaron en venir a probar suerte en Bogotá. No tanto por ellos, porque en el campo lo tenían todo; ellos lo querían hacer por sus hijos, para brindarles la mejor educación.

Él, luego de durar 55 años de casado, murió. Sin embargo, antes de morir le recordó a su amada la promesa que le hizo cuando eran jóvenes: estar toda la vida con ella, no importaría la distancia. El hombre logró cumplir su promesa: una vez murió, apareció una estrella que todas las noches, cuando ella mira el cielo, es la que más brilla, como brillaban los ojos de él cuando se conocieron. Ella sabe que a pesar de la distancia sigue con él, que si Dios les permitió estar juntos, esquivando problemas con su madre y la pobreza, también esquivaría la distancia que les impone la muerte.

Nota: esta historia fue narrada por la protagonista Adelina Cáceres de Cordero y escrita por su nieta Marcela Camargo.

Hay quienes, amando, lamentablemente, deciden entregarse al sentimiento de los celos,

¿te sucedió?, ¿fueron celosos tus amores?, ¿lo fuiste tú?

EJERCICIOS
creativos

A continuación encontrarás tres actividades para ejercitar tu creatividad, elige la que más te guste

ejercicio 1

A veces las historias se contruyen mejor a cuatro manos. El cuento "Amor sin fronteras" fue dictado por Adelina Cáceres a su nieta para el concurso de Historias en Yo Mayor 3. **Cuéntale la historia** de tu primer amor a alguien de tu familia o con quien vivas y, en conjunto, construyan un relato.

ejercicio 2

Los versos, las rimas y la décimas han sido muy útiles para enamorar y contar el amor. **Construye** unos versos que usarías para seducir o enamorar a alguien.

ejercicio 3

No todos los amores terminan, algunos sobreviven a pesar del tiempo y la distancia. **Escribe** una carta a esa persona que permanece en tu corazón explicándole por qué es o fue tan importante para ti.

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás cuentos y videos que refuercen la semana

Cuento 1
Dance me to the end of love
Por Umberto Senegal
HyM4
leer

Cuento 2
Celos, pasión fatal
Por Óscar Benjumea Gómez
HyM4
leer

Cuento 3
El caracol del mar
Por Consuelo Gallego
HyM1
leer

Cuento 4
El pantalón delator
Por Jaime Ademir González
HyM2
leer

Cuento 5
¿Viste que te ibas a reír?
Por Ana Cecilia Aguirre Guzmán
HyM4
leer

Cuento 6
Erialet (La puta decente)
Por Juan de Jesús Herrera González
HyM5
leer

Cuento 7
Panchonchita
Por Jose Rubén Moreno
HyM5
ver

Cuento 8
El panadero cobarde
Por Osmen Cuenut
HyM4
ver

Cuento 9
Me entregaron a mi mujer
Por Fermín Jordán Parente
HyM6
ver

Cuento 10
El adiós de un viejo amor
Por Jesús Omar Sánchez Salazar
HyM2
ver

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás radiocuentos y relatos sonoros en formato pódcast de participantes de las tres primeras versiones de la Escuela Yo Mayor que te ayudarán a inspirarte. Ponte tus audífonos o súbele el volumen a tu computador.

Pódcast 1

Amamos y somos amados

(2020)

escuchar

Pódcast 2

Nuestros amores, ayer y hoy

(2021)

escuchar

Pódcast 3

¿Cómo nos enamorábamos antes?

(2022)

escuchar

Radiocuento

Me entregaron a mi mujer, de Fermín Jordán Parente

escuchar

Comparte tu historia en redes sociales
con el hashtag

#MiHistoriaDeAmorEs
#RelatosQueConectan

www.yomayor.co

/HistoriasenYoMayor @hyomayor @historiasenyomayor

escuela virtual
HISTORIAS EN
YO MAYOR

Organizan

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

En alianza con

EL TIEMPO